



Vila-Belda, Reyes (Ed.): *Ellas cuentan la guerra. Las poetas españolas y la guerra civil (Antología 1936-2013)*. Sevilla, Renacimiento, 2021. 316 pp.

Caras negras, caras lívidas, caras borrosas que miran arriba, a los lados, al suelo, pero nunca de frente. Fisonomías reducidas a una mueca, sin ojos y sin labios.

Fragmento de *Los diablos sueltos* de Mada Carreño

La descripción que realiza Mada Carreño de los rostros con los que se cruza en su huida a Francia, con motivo del avance de las tropas nacionales, nos transmite la desolación que supuran esos seres humanos. Las mujeres siempre han narrado sus experiencias desde la intimidad y la cotidianeidad, vertiendo en sus escritos todo un caudal de impresiones que las diferencia sustancialmente de los relatos masculinos, poblados de hechos y aventuras. Carmen Bobes en su artículo «La novela y la poética femenina» así lo señala: «mientras los hombres cuentan el tiempo por las acciones, las mujeres suelen recordarlo por las emociones que han experimentado». La edición de Reyes Vila-Belda, *Ellas cuentan la guerra*, recoge un florilegio poético de impresiones femeninas de la guerra civil. Esta antología complementa la bibliografía escrita por mujeres sobre la contienda, el exilio y la posguerra. En su mayoría, en forma de memorias, autobiografías, novelas testimoniales u obras corales publicadas; en gran parte, en Hispanoamérica, debido a la férrea censura existente en España durante la dictadura. La lírica, por el contrario, ha estado desgajada en composiciones aisladas, como parte de la obra de una escritora en particular, de antologías sobre la guerra donde se han recogido voces masculinas y alguna femenina, o de antologías de poesía femenina de diversos temas. Tanto la narrativa como la lírica comparten el tiempo de escritura, ya que son vivencias escritas desde el presente evocando el pasado. Vila-Belda compila estos poemas deslavazados y los reúne en un volumen, una obra novedosa que aúna las voces de mujeres que siendo adultas, jóvenes o niñas estuvieron atravesadas por el conflicto bélico, por el lacerante exilio en algunos casos, o por la despiadada posguerra en otros. Las experiencias vividas y los anhelos quebrados convergen en estos versos conformando una antología exclusiva de plumas femeninas con una clara unidad temática.

La obra comienza con una introducción de Vila-Belda a modo de proemio, en el que comenta que muchos de los testimonios literarios sobre la guerra civil que nos han dejado algunas poetisas siguen siendo aún, hoy día, desconocidos para la gran mayoría. Bosquejando algunas de las semblanzas y el contenido de algunos de los poemas, aclara que las escritoras reunidas cumplen con una perspectiva femenina y una mirada ginocrítica sobre la procelosa experiencia de la guerra. Desde las vivencias individuales o colectivas como supervivientes de la pérdida de un ser querido, o las impresiones que les causaron la contemplación de escenas dantescas durante la

contienda, hasta la penuria vivida durante la posguerra, con la carestía de productos básicos y la persistente sensación de hambre. Aún siendo estos los temas principales que vertebran esta antología, en ellos subyacen otras preocupaciones de diversa índole pertenecientes a lo social, lo político o lo histórico, pero también inherentes al terreno emocional como el miedo o la nostalgia. Vila-Belda señala que, aunque hay numerosos romanceros que recogen poemas sobre la guerra, la presencia de la mujer sigue siendo escasa. Esbozando la historiografía de las mujeres y su relación con la guerra y la política, Vila-Belda realiza un recorrido desde las primeras corresponsales de guerra como Carmen de Burgos o Sofía Casanova, además de los asociacionismos que surgieron durante la República o la colaboración de las mujeres en diferentes revistas antes y durante la guerra civil, hasta el freno que supuso para todo esto la instauración del nuevo régimen dictatorial y, cómo con este las mujeres vieron coartada su profesionalidad. Los versos de las escritoras de esta antología fueron publicados varias décadas después. Muchos de estos poemas vieron la luz en el extranjero, aunque sus autoras permanecieron en España, como es el caso de Carmen Conde, Gloria Fuertes o Conchas Lagos, entre otras. Algunas no escribieron sobre el conflicto hasta que no regresaron del exilio, como Ernestina de Champourcin. Otras, por miedo, se integraron durante años dentro de una literatura sumergida que no emergería hasta finales del siglo XX, como la escritora Mariluz Escribano. Vila-Belda aclara que las poetisas de esta antología forman parte de diferentes posturas políticas, que algunas eran escritoras consagradas desde antes de la guerra como Rosa Chacel, Ernestina de Champourcin o Concha Méndez. Estas, como otras muchas, provenían de familias burguesas o aristocráticas, pero también hay mujeres de clase media como María Enciso, maestra de profesión, o Lucía Sánchez Saornil de clase trabajadora y militante en las filas anarquistas. Las hubo que se exiliaron nada más terminar la guerra, y otras que se exiliaron con los años al constatar la imposibilidad de prosperar en España, o las que discurrieron entre exilios intermitentes. Pero, también se recogen las voces de las que vivieron un exilio interior, no menos lacerante que las otras trasterradas. Muchas de ellas tuvieron que utilizar seudónimos por haber colaborado con la prensa republicana, y otras fueron represaliadas por su apoyo al bando republicano, como es el caso de Ángela Figuera, que perdió su titulación y su plaza docente como catedrática de instituto. No obstante, entre ellas comparten las mismas inquietudes y anhelos, impresiones y versos que les hicieron coexistir en sororidad.

Como preámbulo, Vila-Belda abre esta antología con el romance de una poeta, Isabel, cuyo apellido se desconoce. Su poema expresa el miedo de la población civil en Madrid ante los ataques aéreos. A continuación, el volumen está dividido en dos secciones. Por un lado, *Las poetisas del destierro* y, por otro, *Las poetisas que permanecieron en España*. Las escritoras están ordenadas cronológicamente en ambos grupos por su fecha de nacimiento. Precediendo a los poemas seleccionados, se presenta a cada autora con un bosquejo de su biografía y una breve bibliografía de sus obras. Estos cuadros sobre las distintas poetisas facilitan la comprensión de los poemas escogidos a la vez que sintetizan los rasgos y características principales. Lo singular de esta nómina de escritoras líricas es que conforman un acervo heterogéneo. En el primer grupo se encuentra Clementina Arderiu, la única con poemas escritos en catalán sobre la tristeza y la soledad tras la contienda. En general, casi todas las poetisas retratadas en esta obra no se dedicaron solo a la poesía, algunas también fueron reputadas novelistas, como Rosa Chacel, o dramaturgas, como Concha Méndez. Julia

Uceda destacó en la labor editorial y Aurora de Albornoz por sus estudios críticos y ensayos sobre escritores como Antonio Machado y Unamuno, entre otros. Albornoz también impartió diversas conferencias, pues era doctora en Literatura española y profesora. Por su parte, Ana María Martínez Sagi cultivó el periodismo y fue una de las cronistas más notables de la época, además de una férrea defensora de los valores del feminismo. Fundó el primer club de trabajadoras de Barcelona, y también pronunció numerosas conferencias reivindicando el papel de la mujer. María Enciso realizó incursiones como periodista, pero su labor más encomiable fue la que desplegó como delegada de Evacuación Nacional en Bélgica; Enciso rescató de los campos de concentración franceses a niños en situaciones deplorables y les facilitó que fuesen adoptados por acomodadas familias belgas. Como poetas consagradas, Ernestina de Champourcin y Concha Zardoya. En el grupo de Las poetas que permanecieron en España destaca Lucía Sánchez Saornil, que además de escritora, dedicó los años anteriores a la guerra al activismo político. Las hubo que cultivaron también la literatura infantil y juvenil como Ángela Figuera y Carmen Conde. Esta última llegó a ser miembro de la Real Academia de la Lengua Española, al igual que Concha Lagos lo fue de la Córdoba. También hubo poetas dedicadas en exclusividad a la lírica, como Gloria Fuertes y Angelina Gatell, y otras como Pino Ojeda, que compaginaron la pintura y la escritura. Las más jóvenes, Francisca Aguirre y Mariluz Escribano, sufrieron siendo niñas las ejecuciones de sus padres, este descarnado hecho y las ínfimas condiciones posteriores en las que se encontraron junto a sus madres las marcó profundamente.

La guerra civil, la posguerra y el exilio fueron acontecimientos desgarradores que cada poeta interpretó a su modo, con miradas colectivas o individuales, con epicentro en el conflicto bélico o en el destierro, con acento en la desolación que las invadía o en la incapacidad que les impedía avanzar y, sobre todo, con la huella indeleble del recuerdo. Estas vivencias compartidas generaron una red de *affidamento* que las mantuvo unidas a través de un vínculo generacional y, en ocasiones, a través de una amistad que plasmaron en sus composiciones. Por ello, esta antología de Vila-Belda se torna esencial en la bibliografía surgida en las últimas décadas, complementando los estudios de las obras de mujeres escritoras que vivieron durante estas décadas tan convulsas del siglo XX.

Carolina Viñarás
Universidad Complutense de Madrid
cvinaras@ucm.es